

encarnada, se removía, con un pelican en la mano, en lo alto de un estrado adornado con guirnaldas de dientes incisivos, caninos ó molares, ensartados en hilos de latón. El Dulcamara espetaba á los bobalicones que formaban compacto corro á su alrededor una arenga en la que hacía gala de sacar sin dolor (de él) los raigones más rebeldes y más arraigados, de un sablazo ó de un pistoletazo, á eleccion, á ménos, sin embargo, de preferir el paciente ser operado por los medios ordinarios.

—No los arranco...— gritaba con voz gañidora, —¡los cojo! Ea, el que de entre vosotros tenga mala dentadura, que suba y voy á curarle al instante.

Una especie de palurdo, cuyo hinchado carrillo pregonaba que sufría una fluxion, fué á sentarse en la silla, y el operador le metió en la boca la temible llave de bruñido acero. El infeliz, en lugar de permanecer entre los brazos del sillón, seguía el diente que, por la resistencia que oponía á los esfuerzos que hacía el charlatan para extraérsela, parecía sentir en gran manera separarse de él, y levantaba al pobre patán más de dos piés en el aire, con gran regocijo de la multitud. Una sacudida brusca acabó por fin su suplicio, y el operador blandió por encima de las cabezas su ensangrentado trofeo.

Mientras tenía lugar la escena que acabamos de describir, un mono, sujeto al tablado por una cadenita de hierro robada á un cinturón de cuero que le ceñía los riñones, remedaba de un modo grotesco los gritos, gestos y contorsiones del paciente.

Sigognac y Herodes se apartaron del corro del charlatan y se detuvieron delante de los vendedores de gacetas y de los puestos de libros viejos instalados sobre los pretilos. El Tirano hizo también notar á su compañero un andrajoso mendigo que, con su muleta y su escudilla colocadas cerca de él, estaba sentado en la parte de afuera del puente, sobre la cornisa, desde cuyo sitio, levantando el brazo, metía su gra-



¡LLAMAIS HOMBRE Á ESTE BRIBON!

siento sombrero por las narices de los que se inclinaban sobre la baranda para hojear un libro ó contemplar el curso de las aguas, para que arrojasen en él un ochavo, ó un teston, ó más, si así placía al caritativo donador, pues siendo muy capaz de hacer pasar la falsa, no rehusaba moneda alguna.

—En mi tierra, en las cornisas sólo se alojan las golondrinas, y no los hombres como aquí sucede,—dijo Sigognac.

—¡Cómo! ¿vos llamais hombre á ese bribon?—repuso Herodes,—muy cortés estais, señor Baron; pero cristianamente no puede despreciarse á nadie. Por lo demás, en este puente hay de todo, hasta gente honrada, puesto que en él nos hallamos nosotros. Segun el proverbio, no es posible atravesarlo sin tropezar con un fraile, un caballo y una mujer perdida. Ved ahí precisamente un frailuco que aprieta el paso haciendo crujir sus sandalias; no anda léjos el caballo blanco; ¡voto al chápiro! miradlo allí, delante de vos, aquel rocín que penetra entre los pilares haciendo corvetas. Ahora sólo falta la cortesana, y no se hará esperar. Fijad la atencion, en lugar de una, tres son las que embocan el puente, con las gargantas descubiertas, los vestidos de la circunferencia de una rueda trasera de carroza, y riendo con risa afectada para mostrar sus dientes. Ya veis pues que el proverbio es verídico.

Oyóse de pronto gran tumulto al extremo opuesto del puente, en cuya direccion echó á correr el populacho. Los que promovian el alboroto eran perdonavidas que median sus aceros en el terraplen que se extendia al pié de la estatua, por ser sitio más libre y más despejado, y gritaban: ¡Hiere! ¡hiere! haciendo ademán de precipitarse furiosamente unos contra otros; pero las estocadas que se tiraban eran fingidas, los botes, contenidos y corteses como en los desafíos de comedia, en los que hay muertos y heridos y ningun difunto. Los combatientes eran cuatro, dos contra dos, animados, al parecer, de verdadera rabia, y desviaban con las suyas las espadas que interponian sus compañeros para separarlos. Aquella parodia de pelea tenia por objeto llamar gente, para que, entre la

confusion, los tomadores del dos pudiesen con toda libertad entregarse á sus lucrativas ocupaciones. En efecto, más de un curioso que habia penetrado en el grupo llevando al hombro capa nueva con vueltas de felpa, y repleta la bolsa, salió de la apretura en simple jubon y habiendo gastado su dinero sin saberlo.

Quando olieron que podia ya haberse hecho negocio, los perdonavidas, que, como lobos que eran de una misma camada, lo que ménos pensaban era reñir de veras, se reconciliaron y se estrecharon la mano con grande afectacion de lealtad, declarando quedar satisfecho el honor, cosa por cierto no difícil, atendido lo poco delicado que puede ser el de tales bergantes.

Advertido por Herodes, Sigognac no se habia acercado mucho á los combatientes, á quienes sólo podia ver confusamente á través de los intersticios que dejaban á la mirada las cabezas y los hombros de los curiosos. Sin embargo parecióle al Baron reconocer en aquellos cuatro pillos los hombres de quienes, la noche anterior, habia vigilado sus misteriosos pasos en la hostería de la calle Delfina, y comunicó sus sospechas á su compañero. Pero ya los matones se habian prudentemente eclipsado entre la muchedumbre, y hubiera sido más difícil dar con ellos que con Marica por Rávena.

—No sé porqué,—dijo Herodes,—pero apostaria diez contra uno que esa contienda ha sido un lazo para atraeros hácia este punto, pues debemos ser seguidos por los emisarios del duque de Vallombreuse. Uno de los perdonavidas se hubiera fingido mortificado ú ofendido de vuestra presencia, y, sin daros tiempo de desenvainar la espada, os hubiera largado, como por distraccion, algun bote homicida; encargándose, en caso necesario, de remataros sus compañeros. Al asunto se le hubiera echado tierra encima, considerando la muerte como resultado fortuito de una pendencia, pues no se hubiese podido probar la alevosía y la premeditacion. En tales contiendas quien ha recibido los golpes los guarda.

—Me repugna creer á un hidalgo capaz de cometer la bajeza de hacer asesinar á su rival por matachines,—respondió el generoso Sigognac.—Si no le satisface haber cruzado una vez conmigo el acero, estoy pronto á medirme de nuevo con él hasta que uno de los dos quede en el sitio. Así obran las gentes de honor.

—Sin duda,—replicó Herodes;—pero el duque, que ha tanteado vuestra espada y ha sentido en sus carnes la punta de ella, sabe muy bien, por más que reviente de orgullo, que el éxito del combate no podria ménos de serle funesto. Creedme, señor Baron, es tan diabólico el rencor que aquel conserva de su derrota, que no reparará en pelillos para vengarse de vos á todo trance.

—Si no quiere á espada, batámonos á pistola y á caballo,—dijo Sigognac,—así no podrá argüir mi destreza en la esgrima.

En estas pláticas, los dos compañeros llegaron al muelle de la Escuela, donde poco faltó como una carroza no aplasta á Sigognac, por muy ligero que este se hubiese hecho á un lado. Sólo su delgadez salvó al Baron de quedar hecho tortilla contra la pared, tan de cerca le estrechó el coche, por más que á este le sobrase sitio para pasar desahogadamente y hubiese el cochero, con una ligera inflexion impresa á sus caballos, podido evitar el encuentro de aquel hombre á quien parecia perseguir.

Los cristales de la carroza que amenazó acabar con la vida de Sigognac, estaban levantados, y bajadas las cortinillas interiores; pero quien las hubiese separado, hubiera visto en el fondo del coche un caballero cubierto de magníficas galas, con el brazo derecho en cabestrillo, y que á pesar del encarnado reflejo de las cerradas cortinas, estaba tan pálido, que los delgados arcos de sus negras cejas resaltaban con fuerza notable sobre la blancura mate de su cutis. Con sus dientes, más puros que perlas, el caballero se mordía el labio inferior hasta hacer saltar sangre, y su bigote, fino, atiesado por los

cosméticos, se erizaba con febriles contracciones como el del tigre olfateando su presa. Sus facciones eran de perfeccion acabada; pero su semblante tenia tal expresion de crueldad, que más que amor hubiera inspirado espanto, en aquel instante al ménos en que el rencor y las malas pasiones se lo descomponian.

El lector habrá sin duda reconocido á Vallombreuse en el retrato que acabamos de bosquejar, trazado en el tiempo necesario de levantar la cortinilla de un coche que pasa á escape.

—Otro golpe en vago,—dijo el duque mientras la carroza lo llevaba á lo largo de las Tullerías hácia la puerta de la Conferencia.—Sin embargo yo habia ofrecido veinte y cinco luises á mi cochero, si era bastante diestro para enganchar á ese condenado Sigognac y estrujarlo contra un guardacanton como por accidente fortuito. Mi estrella palidece de un modo manifesto. Isabel le adora y me detesta. Ha batido á mis lacayos, y me ha herido á mí mismo. Aunque fuese invulnerable y estuviese protegido por algun amuleto, es preciso que muera, ó perderé mi nombre y mi título de duque en la demanda.

—¡Jum!—exclamó Herodes, arrancando de lo más hondo de su pecho un prolongado resoplido,—los caballos de esa carroza parecen tener el genio de los de Diomedes, que corrian trás los hombres, los desgarraban y se nutrian con su carne. ¿Al ménos no estais herido? Ese condenado cochero os veia perfectamente, y apostaria el importe de mi mejor entrada que ha lanzado deliberadamente sus caballos sobre vos, con el propósito de aplastaros, movido por algun desig-nio ó venganza oculto. Estoy seguro de ello. ¿Habeis notado si habia algun escudo de armas pintado en la portezuela de la carroza? En vuestra calidad de hidalgo, conoceis la noble ciencia heráldica y os son familiares los blasones de las principales familias.

—No podria decíroslo,—respondió Sigognac;—ni un rey

de armas que hubiese sido hubiera en mi situacion discernido los esmaltes y colores de un escudo, cuanto ménos las particiones, figuras y piezas honorables. Demasiado me quedaba que hacer con esquivar la máquina rodadera para ver si en ella habia pintados leones leopardos ó nacies, aguilones ó mirletas, roeles ó tortillos, cruces vacías ó recrucetadas, ó cualquier otro emblema.

—Es lástima,—replicó Herodes;—esta observacion nos hubiera puesto sobre la pista y hecho dar quizás con el hilo de esta tenebrosa intriga, pues es evidente que buscan deshacerse de vos, *quibuscumque viis*, como diria el Pedante Blazius en su latin... Aunque falte la prueba de ello, no me admiraria lo más mínimo que esa carroza perteneciese al duque de Vallombreuse, quien queria darse la satisfaccion de hacer pasar su carro por encima del cuerpo de su enemigo.

—Vaya una idea peregrina se os ha ocurrido, amigo Herodes,—exclamó Sigognac;—esto seria una accion baja, infame y malvada, indigna de un noble tan principal como es, á pesar de todo, ese Vallombreuse. Y además, ¿no le dejamos en su palacio de Poitiers, harto mal trecho de su herida? ¿Cómo podria pues encontrarse en Paris, donde llegamos ayer noche?

—¿Echais en olvido que en Orleans y en Tours, en ambas de cuyas ciudades hemos dado representaciones, nos hemos detenido el tiempo más que suficiente para que, con los trenes de que dispone, haya el duque no sólo podido seguirnos, sí que tambien tomarnos la delantera? En cuanto á su herida, cuidada por los médicos de más fama ha debido cerrarse y cicatrizarse pronto; y sobre todo no era la que vos le inferisteis de naturaleza tan peligrosa que pudiese impedir á un hombre jóven y lleno de vigor viajar cómodamente en carroza ó en litera. Se hace indispensable pues, mi querido Capitan, que andeis prevenido, pues buscan heriros á traicion ó haceros caer en alguna asechanza disfrazada bajo la apariencia de accidente fortuito; y cuenta que vuestra